

**Diario de lectura de los Escolios de Nicolás Gómez Dávila. Cuadernos III, IV y V, de Ernesto Volkening, edición académica, notas y prólogo de Francia Goenaga, Alfredo Abad y Efrén Giraldo (2023), Universidad de los Andes y Universidad EAFIT, 378 p.**

DOI: 10.17230/co-herencia.20.38.15

**Pablo Andrés Villegas Giraldo\***

pavillegas@utp.edu.co

Cualquier lector que haya pasado con cierto respeto sobre las líneas escritas en los *Escolios* tendrá sin más que compartir irremediablemente dos sentimientos con Ernesto Volkening, a saber: primero, la familiaridad que produce el esolio al ser leído a la luz de la tradición occidental; segundo, la necesidad de conectarlo con su propia experiencia vital, como un complemento de su propia historia. Si en cualquier caso “la lectura compromete la vida misma” (Abad *et al.*, 2020, p. XIII), leer a Nicolás Gómez Dávila toca en lo más íntimo de lo que en realidad somos. De allí que sus anotaciones nos conecten con nuestra intimidad y nuestra historia; sobre este asunto se detiene el ensayista de Amberes, retomando y resaltando algunos de los escolios escritos por el bogotano. Este ejercicio, además de ser evidentemente académico, también es un canto a la amistad, que muchas veces se cruza con la complicidad al momento de entretejer su crítica contra la historia.

Don Ernesto es *un lector fascinado*, como él lo expresa en la carta que acompaña la cuidadosa lectura que realizó durante cinco meses

\* Docente catedrático e investigador de la Universidad Tecnológica de Pereira. ORCID:0000-0002-8519-1322

(de mayo a octubre de 1973) de los *Escolios* inéditos; quien, además, con juicioso esmero se atrevió a comentar a mano, como un añejado amañense que se atreve a interpretar las lecturas que realiza. Él mismo, al llamar *opus magnum* al florilegio de escolios que acaba de leer, no está teniendo un gesto de gallardía con el autor como haría -seguramente- con muchos otros que acercaron sus escritos para que los editara, por el contrario, las palabras que le siguen a esta expresión latina comprometen todo su intelecto y su apreciación, pues el modesto ensayista afirma sin más que si de algo pudiera preciarse es del olfato para hallar “lo bueno y exquisito” (Volkening, 2023, p. 187). Asunto que queda más que demostrado en los años dorados de la revista *Eco* y de otras publicaciones que estuvieron a su cargo. Asimismo, por los grandes autores que trajo a nuestra lengua a través de sus detalladas traducciones.

Este lector *fascinado* encuentra difícil describir su admiración por la inmensidad de los *Escolios*, sin duda, un lector como Volkening no queda tan abismado ante cualquier libro. Es posible imaginarse la escena: se encuentra don Ernesto pegado a su pipa, hurgando en lo profundo de una larga aspiración la elocuente humareda que traduzca en palabras un sincero sentimiento de perplejidad y asombro, piénsese, por ejemplo, en *El caminante sobre el mar de nubes* (1818) del pintor alemán Caspar David Friedrich (1774-1840), la mirada del caminante puesta en el infinito, en una pose de dominio, sumido en la soledad ante lo sublime y apoyado en su bastón busca en sus bolsillos la seguridad que la naturaleza le niega. Probablemente, este mismo sentimiento acompaña a don Ernesto, reclinado en su escritorio mira cómo se disipa el humo, con su lápiz va escribiendo las primeras líneas de su *Carta* y deja en ellas un gesto de fina simpatía:

Perdóneme la familiaridad del encabezamiento que no se debe, por cierto, a falta de respeto ni a palurdos arranques de camaradería, sino sencillamente al haberme sentido muy cerca de usted mientras lo acompañaba tan largo trecho a través de los siete tomos de sus *Escolios* (Volkening, 2023, p. 185).

Cuando se lee un gran clásico, o una obra memorable, es común el sentimiento de embarcarse en un viaje, a medida que se cruzan las distancias la atmósfera se llena de una elocuente conversación en la que el autor aparece como un interlocutor del lector. Es el mismo

viaje que a su vez emprendieran don Colacho en medio de su gran biblioteca, con la que conversa y de la que resultan sus depurados apuntes, y don Ernesto en lo secreto de una lectura cuidadosa y fascinada ante los siete mecanoescritos de los *Escolios*. En esa intimidad se evidencia un diálogo entre escépticos.<sup>1</sup> No es la tediosa y estéril conversación de dos intelectuales que se vanaglorian por tener cada uno la razón; sino la aventura de recorrer un camino de argumentos que se tejen en torno a la tradición occidental desde dos puntos de vista muy distantes geográficamente: el uno dialoga desde su Amberes natal, adoptado por la Bogotá desde donde dialoga el otro. Toda esta aventura aquí descrita se puede resumir en el bello escolio que aparece en el segundo tomo de los *Nuevos escolios*: “El hombre no se comunica con otro hombre sino cuando el uno escribe en su soledad y el otro lo lee en la suya. Las conversaciones son o diversión, o estafa, o esgrima” (Gómez Dávila, 1986, p. 88).

A pesar de la constante insistencia de Nicolás Gómez Dávila por evitar el concepto de aforismo para referirse a sus escritos, Ernesto Volkening (2020, p. 29) no solo utiliza este término, sino que osa compararlo con otros aforistas famosos, como es el caso de Ernst Jünger, de quien afirma que no se compromete como sí lo hace don Colacho. Quizás llamar aforismos a los escolios de Gómez Dávila pueda ser considerado, desde distintos puntos, como un equívoco.

Partiendo, por ejemplo, de que el aforismo es -según la definición de la Real Academia de la Lengua Española- *una sentencia breve y doctrinal* “que se propone como regla en alguna ciencia o arte”, visto de ese modo no es suficiente que sean sentencias cortas para que, por ello, se afirme que coinciden con esta escueta definición. Si bien, aunque algunas de sus frases son tan breves que caben en seis o siete palabras, algunas otras suman varios renglones, de allí que en cuanto a lo formal los escolios carecen de la primera característica del aforismo. De otro modo, las frases de Gómez Dávila no muestran ninguna intención de adoctrinar; son solo apuntes (en el clásico sentido del escolio) que se van acrisolando con el pasar de los días, que se alimentan con las lecturas del autor y finalmente caen sobre el papel como una gota de

---

<sup>1</sup> “Escuchar a convencidos es interesante, pero sólo se puede dialogar con escépticos” (Gómez Dávila, 1977, p. 229).

lluvia, condensadas por la paciencia y la espera. De tal suerte que estos apuntes no son más que eso: notas al margen, es decir, escolios. Con suma insistencia el autor de los *Escolios* advierte: “El lector no encontrará aforismos en estas páginas” (Gómez Dávila, 1977, p. 11).

No se puede asumir que este sea un error que Volkening comete adrede ni siquiera cuando leemos en la *Carta* citada: “Bien sé que usted no está muy seguro de mi verdadero concepto y sigue preguntándose si sus aforismos realmente se distinguen por *las cualidades que les atribuyo*” (2023, p. 187; énfasis añadido); pero resulta interesante subrayar un par de detalles en la escritura y el estilo de Gómez Dávila, detalles a los que quizás de manera implícita hace referencia don Ernesto con esas cualidades que le atribuye a los escolios.

En la recopilación de los dos primeros cuadernos aparece un comentario de don Ernesto que nos pone *ipso facto* en contexto respecto al uso del término aforismo para referirse a los escolios de don Colacho, a saber:

Sucede sencillamente que NGD,<sup>2</sup> quien además de ser pensador vigoroso es un enamorado del buen decir, le ha restituido a un género despreciado (por los tontos graves en primer lugar) su dignidad y su antiguo brillo. ¿Y cómo se hace un buen aforismo? El aforismo no se hace: Minerva saltando armada de la cabeza de Júpiter (Volkening, 2020, p. 23).

El aforismo, en contraste con otros géneros y subgéneros semejantes, no es solamente una forma de escritura fragmentaria, tampoco responde -como se cree- a una fuga de ideas o a la incapacidad de algunos escritores por mantener la linealidad del discurso; el aforismo pasa por el crisol de la reflexión constante y en don Colacho recorre los caminos del erotismo, como cuando afirma: “Las ideas no se rinden sino a quien las palpa como a cuerpos desnudos” (Gómez Dávila, 1977, p. 342).

El aforismo, como lo expresa la metáfora de Ernesto Volkening, no nace por emanación de la cabeza de un dios. Por el contrario, es el resultado de la meditación permanente sobre una idea, como quien acaricia un cuerpo desnudo, con la delicadeza del detalle, con el fragor apasionado del amor que confunde la caricia y la mano que

<sup>2</sup> En el manuscrito de Volkening aparece la sigla del nombre de Nicolás Gómez Dávila; se cita de ese mismo modo para no alterar en nada la fuente.

roza el cuerpo amado,<sup>3</sup> así se palpa una idea que se delinea levemente entre pocas palabras. La rigurosidad de don Colacho se evidencia en el crisol de sus frases, su estilo lacónico responde a una tradición clásica que él logra perfeccionar gracias a la práctica incansable de pulir el lenguaje. Esta idea la explica de una mejor manera en sus *Diarios* el ensayista de Amberes, cuando afirma:

La manera como llegan a compenetrarse en sus aforismos la idea y la palabra recuerda la súbita formación del cristal tan admirablemente descrita por Stendhal en sus reflexiones sobre el *amour-passion* antes bien que un laborioso proceso aditivo, el ensartar perlas en un hilo. Al resultado no se le nota el inmenso esfuerzo intelectual que lo precede (Volkening, 2020, p. 53).

Tal parece que el aforismo señala un doble movimiento propio de la condición humana, indicio que también se puede evidenciar en el escolio gomezdaviliano. Aquel doble movimiento lo describe con belleza Ernesto Volkening cuando afirma: “Mucho se habla de la vanidad de nuestros triunfos, poco de la inutilidad, más amarga, de nuestras derrotas” (2023, p. 41). En esto coinciden francamente don Ernesto y don Colacho: la dignidad humana se ha establecido sobre el fracaso de su humana condición. Desde San Agustín<sup>4</sup> esta condición humana es débil y enferma, lo que se traduce en que el hombre tenga una equivocada comprensión de la historia y no le encuentre un sentido a su paso por el mundo. De allí que, por ejemplo, Ernesto Volkening critique la visión de la historia como un entramado de desaciertos, puesto que interrumpe la continuidad que tiene la historia misma; por el contrario, la propuesta de leer la historia como una tragedia la llena de sentido,<sup>5</sup> y se atreve don Ernesto a afirmar que le devuelve su dignidad (2023, p. 125). En últimas, el hombre tiene una dualidad difícil de aceptar, la cual en un sentido muestra lo vanos que son sus triunfos y, en otro, lo inútiles que resultan sus derrotas; en consecuencia, la fuerza del aforismo (y del escolio) radica, bajo

<sup>3</sup> “Quisiéramos no acariciar el cuerpo que amamos, sino ser la caricia” (Gómez Dávila, 1977, p. 131).

<sup>4</sup> “*Habemus ergo eas ex humanae condicionis infirmitate [...] (Los tenemos por la debilidad de la condición humana [...])*” (Agustín de Hipona, 1977, v. 17, xiv, 9, 4; énfasis añadido).

<sup>5</sup> Este comentario hace referencia al siguiente escolio de Gómez Dávila: “Debemos relatar la historia como tragedia, no como desacierto” (citado en Volkening, 2023, p. 124).

esta mirada, en que evidencie o no esta dualidad.

El aforismo, como bien lo apunta el autor de Amberes, no puede dar cuenta del gran esfuerzo intelectual que hay detrás de él. Sin duda, don Ernesto no se equivocaba al dar el título de aforismos a los escolios de don Colacho, si se leen y comprenden en los términos con que él mismo los describe. Quizás, y este “quizás” puede resultar ofensivo, Gómez Dávila, en un esfuerzo por conservar la modestia intelectual que lo acompaña siempre, se aparta de llamar aforismos a sus escolios afirmando que no son más que los cromáticos detalles de una composición puntillista.<sup>6</sup> Solo hay una manera de saberlo y es dejándose conquistar por la obra de Nicolás Gómez Dávila, y qué mejor que a través de los comentarios que realiza don Ernesto Volkening en sus *Cuadernos*, quien, a pesar de su elocuencia, se queda sin palabras ante la vastedad y la profundidad de los *Escolios*. Valga la aclaración, no estamos ante un crítico ensayista, sino ante *un lector fascinado* ☐

## Referencias

- Abad, A., Goenaga, F. y Giraldo, E. (2020). Prólogo. En E. Volkening, *Diario de lectura de los Escolios de Nicolás Gómez Dávila. Cuadernos I y II* (pp. XI-XVII). Universidad de los Andes y Universidad EAFIT.
- De Hipona, A. (1977). *Obras de San Agustín. La Ciudad de Dios* (3.<sup>a</sup> ed., S. Santamaría del Río y M. Fuertes Lanero, Trads.). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Gómez Dávila, N. (1977). *Escolios a un texto implícito I*. Instituto Colombiano de Cultura.
- Gómez Dávila, N. (1986). *Nuevos escolios a un texto implícito II*. Procultura.
- Volkening, E. (2020). *Diario de lectura de los Escolios de Nicolás Gómez Dávila. Cuadernos I y II* (A. Abad, F. Goenaga y E. Giraldo, Eds.). Universidad de los Andes y Universidad EAFIT.
- Volkening, E. (2023). *Diario de lectura de los Escolios de Nicolás Gómez Dávila. Cuadernos III, IV y V* (F. Goenaga, A. Abad y E. Giraldo, Eds.). Universidad de los Andes y Universidad EAFIT.

---

<sup>6</sup> “Mis breves frases son los toques cromáticos de una composición ‘pointilliste’” (Gómez Dávila, 1977, p. 11).